

CAPÍTULO III.

LUCHA CONTRA BONIFACIO VIII. PRIMEROS ESTADOS GENERALES. CONDENACIÓN DE LOS TEMPLARIOS.

La lucha del papado contra el imperio, del poder espiritual contra el temporal estalló en Francia durante el reinado de Felipe el Hermoso. Pero en esa época la fe se había debilitado ya profundamente; los tiempos de los Gregorio VII, de los Alejandro III, de los Inocencio III é Inocencio IV había pasado. Bonifacio VIII tuvo ocasión para comprenderlo así. Habiendo querido hacer valer contra el rey de Francia los derechos que sus predecesores habían reivindicado justamente contra los emperadores de Alemania, no halló el mismo apoyo en la opinión. Felipe el Hermoso, sostenido por los legistas, se atrevió á poner la mano sobre la persona sagrada del pontífice, cometiendo sacrilegio que hubiera hecho estremecerse de indignación á las generaciones precedentes. En consecuencia de ese ultraje, el poder pontifical, establecido en Aviñón, se convirtió en esclavo de la voluntad del rey de Francia, y entonces vemos empezar de modo ignominioso esa especie de cautiverio, por causa de la debilidad de Clemente V, que no hace más que prestarse á los deseos del rey de Francia.

§ I. — *Lucha contra Bonifacio VIII. Primeros estados generales.*

Relaciones de Francia con la Santa Sede. — Desde la conversión de Clodoveo, Francia no había cesado de permanecer estrechamente unida á la Santa Sede. Los sumos pontífices ayudaron á la dinastía carlovingia en su establecimiento, ungiendo con sus propias manos á sus ilustres jefes; y, reconocidos por ese apoyo, los carlovingios defendieron la libertad de Roma y de la Santa Sede contra los lombardos y los orientales. Pipino y Carlomagno fundaron la independencia del papado dándole las provincias que han formado lo que se llamó luego patrimonio de San Pedro. Los Capetos fueron también objeto de los favores especiales de la Santa Sede. Felipe I y Felipe Augusto fueron severamente castigados; pero las sentencias que los alcanzaron fueron motivadas por los mayores escándalos. Cada vez que los papas se vieron forzados, en su lucha contra los emperadores de Alemania,

á abandonar la Italia, encontraron siempre en Francia seguro refugio. Ellos por su parte demostraron constantemente su reconocimiento á los reyes y á la nación trabajando en su favor cada vez que se los permitía la justicia. Bajo el reinado de San Luis, hemos visto al soberano pontífice ofrecer la corona imperial á Roberto de Francia y dar á Carlos de Anjou el reino de las Dos Sicilias. También ayudó á Felipe el Atrevido á reparar el desastre causado por la horrible matanza de las Vísperas sicilianas. Esas buenas relaciones se vieron turbadas de pronto por las diferencias que surgieron entre Felipe el Hermoso y Bonifacio VIII.

Dificultades pecuniarias del rey. Alteración del valor de la moneda. — Como las guerras que Felipe había sostenido agotaron el Tesoro público, ese príncipe remedió la dificultad expulsando de su reino á los judíos y confiscando sus bienes, y además sometiendo á vejaciones sin cuento á los mercaderes italianos y lombardos, que entonces se ocupaban con la mayor actividad en la industria y el comercio. Todas esas vejaciones arbitrarias no sirvieron sin embargo para llenar las vacías arcas, y entonces el rey cometió la más indigna bancarrota alterando el valor de la moneda. Bajo el pretexto de reprimir el lujo de la burguesía y de la nobleza menor, obligó á cuantos tenían menos de seis mil libras (francos) de renta á llevar á la casa de moneda su vajilla de oro y plata, é hizo acuñar una moneda que, según él mismo lo confiesa, no tenía la ley ni peso ordinario. Al mismo tiempo arrebató á los señores el derecho que tenían de acuñar moneda en sus tierras, y decretó la circulación forzosa de su moneda de mala calidad. Esos expedientes no le impidieron necesitar recurrir á nuevas exacciones, estableciendo impuestos de consumos sobre los artículos más necesarios, lo que puso colmo á la indignación del pueblo, que dió á esas nuevas cargas el nombre infamante de *maltôte*.

Dificultades con Bonifacio VIII. — Pero tanta acción de mala ley no bastó á llenar las vacías arcas del tesoro, y entonces Felipe, sin vacilar, echó mano de los bienes de la Iglesia, apoderándose de parte de las rentas del clero. Bonifacio VIII, que ocupaba en-